

Nuevas legitimidades sociales y violencia urbana en Caracas

Pedrazzini, Yves; Sánchez-R., Magaly

Yves Pedrazzini: Sociólogo del Fondo Nacional Suizo de Investigación Científica; profesor visitante en el Instituto de Urbanismo de la Universidad Central de Venezuela. Trabaja en Caracas desde 1988.

Magaly Sánchez R.: Doctora en Sociología; profesora asociada; investigadora en el Instituto de Urbanismo de la UCV.

*Enfrentados a la desestructuración económica y social de las ciudades latinoamericanas, los habitantes de los barrios populares han desplegado una serie de estrategias destinadas a responder en lo inmediato a sus problemas más urgentes (alimentación y servicios). El conjunto de esas estrategias, prácticas, modos de vida, códigos, lenguajes, etc., los hemos denominado la Cultura de urgencia, la cultura urbana en estado de urgencia. La expresión de esta cultura se encuentra en todas las actividades informales desarrolladas por los sectores populares urbanos. Su legitimidad social varía, muchas son ilegales. En un contexto social donde no se puede reprimir más la informalidad, se asiste a la legitimación progresiva de las prácticas informales de parte del Poder. Esta apertura oficial, evidente en lo relativo a la economía informal y la autoconstrucción, tiene su opuesto en la represión cada vez más fuerte de las actividades informales delictivas, oficialmente denominadas antisociales, y donde la violencia se hace cada vez más necesaria. Se puede hablar de la presencia de un nuevo modelo violento de socialización.**

La cultura de la urgencia es la expresión de un nuevo modelo de socialización que se ha formado y desarrollado progresivamente, imponiéndose hoy en día como una «alternativa obligada» de respuesta a la crisis en los mecanismos de integración social¹. Este nuevo modelo de socialización está representado por tres tipos de agentes: los malandros, los integrantes de las bandas de adolescentes del barrio y

¹Ver Yves Pedrazzini y Magaly Sánchez R.: «Cultura de la urgencia: últimas aventuras de lo urbano», revista Dimensión, Segunda época, N° 5, mayo, Caracas, 1989.

los niños de la calle. Pero, en una ciudad así «desestructurada», no se trata de un grupo dominado que surge tomando conciencia de su existencia de manera «reflexiva», imponiendo formas culturales innovadoras. Se trata en realidad de otra cultura que «aparece» por un proceso diferente en su dinámica misma, caracterizando de otra forma la escena urbana. Su visualización social no se ha previsto, así como no se ha programado su reconocimiento eventual por parte de la cultura dominante.

En el caso de Caracas es el mismo desarrollo el que ha conducido a la ciudad a su desestructuración, dando progresivamente nacimiento a modos de vida diferentes. Estos, si bien en su mayoría no son legítimos, de hecho se imponen cuantitativa y cualitativamente como modelo para la mayoría de los jóvenes urbanos. No estamos negando que existe una dominación «militar» y «técnica» ejercida sobre este modelo, pero estamos afirmando que la presencia del modelo marca en lo esencial el presente y el futuro de la ciudad.

La expresión de esta cultura se encuentra en todas las actividades informales desarrolladas por los sectores populares urbanos. Su legitimidad social varía, y muchas son ilegales.

Radicalizándose en esa forma «ultramoderna» de la lucha por la sobrevivencia, esas actividades se acompañan hoy en día de violencia. En un contexto social en donde no se puede reprimir más la informalidad, se asiste a la legitimación progresiva de las prácticas informales. Esta apertura del poder, evidente en lo relativo a la economía informal y a la autoconstrucción, tiene su opuesto en la represión cada vez más fuerte de las actividades informales delictivas, oficialmente denominadas «antisociales», y en donde la violencia se hace cada vez más cruda y necesaria.

En este sentido uno de los principales riesgos asumidos por los investigadores de la urgencia es ciertamente el de alimentar la amalgama que se hace generalmente entre barrio y criminalidad, reforzando así la reputación de marginal del que allí vive. Por todo esto, no hablamos en términos de criminalidad, desviación, delincuencia o ilegalidad. Hemos escogido hablar de «nuevas legitimidades sociales». De todas formas la vida está allí y va mucho más rápido que el estado jurídico de la cuestión, a la imagen de los jóvenes pistoleros que cada vez se preocupan menos de los juicios morales emitidos sobre sus actividades.

Pero ellos se han propuesto la tarea de sobrevivir, y no ven, obsesionados por la desesperada tentativa de «salir» del barrio, que son justamente sus estrategias de

sobrevivencia las que los condenan a una muerte violenta a corto plazo. Puesto que si la sociedad legitima poco a poco las prácticas informales de los más pobres en su lucha permanente contra el hambre, la vida desilusiona tarde o temprano a aquellos que han escogido la «lucha armada»: ella se encarga muy rápido, generalmente, de poner sangriento punto final a su «ascenso social».

Hemos empezado a estudiar y analizar esos hechos y gestos de los jóvenes urbanos, esa legitimidades en devenir, en los barrios populares de Caracas.

Malandros, bandas juveniles, niños de la calle: ¿Nuevas legitimidades sociales urbanas?

1. De la desestructuración urbana a la presencia de nuevas legitimidades sociales.

La realidad urbana de las ciudades latinoamericanas se ha complejizado llegando a grados de conflictividad social graves².

Entender la realidad significa situarse en un proceso que va desde la crisis hasta el colapso y paralización de los servicios colectivos existentes, acompañado de un proceso de deterioro creciente de las condiciones de vida urbanas, y de la necesaria informalización de actividades económicas como vía de subsistencia, resultado de la urgencia social que vive la mayoría de la gente.

Ya para el final de los '70, las ciudades se caracterizaban por extensas zonas de barrios, pautadas y dinamizadas por segregación social, junto a un deterioro en las condiciones de vida de la mayoría de los sectores trabajadores. Para el final de los '80, lo urbano se caracteriza por el colapso de los servicios colectivos, zonas de barrios creciendo en rápida expansión, aumento de la densidad, pero sobre todo miseria y pobreza crítica.

A nivel económico se da una polarización entre las actividades formales «posindustriales», con altas tecnologías e informatización, sistemas financieros y servicios, y, por otra parte, toda una serie de actividades económicas que se han deno-

² Se ha llamado el Caracazo a los sucesos que explotaron en la capital de Venezuela el 27 de febrero de 1989 y que se desarrollaron durante varios días, dando como resultado aproximadamente 3.000 muertos. Algunas semanas después, eventos similares se sucedían en Argentina. En Brasil, se han dado tantas revueltas populares y «saqueos» alimenticios que se habla frecuentemente del día del saqueo. El aumento del costo de la vida así como la adopción por parte de los gobiernos latinoamericanos de nuevas medidas económicas dictadas por el FMI, han provocado la cólera de los habitantes de las zonas más pobres, que han descendido las colinas saqueando los almacenes del centro de la ciudad. La represión fue terrible, incontrolada y sangrienta particularmente en Venezuela.

minado informales. Ya sean ellas legales o no, son casi siempre legitimadas socialmente, al menos en forma parcial, por la necesidad de sobrevivencia. A esta situación se añade una crisis extrema de legitimidad del Estado, de sus instituciones, así como de sus mecanismos de integración social.

Por esta razón, y considerando los aspectos sociales, económicos y políticos de la sociedad expresados en lo urbano, asumimos que su dinámica se acerca mucho a un proceso que se puede denominar de «desestructuración urbana», y se distancia de aquel modelo de reproducción de la estructura urbana, en donde los elementos del sistema convergerían para un funcionamiento «normal» de la ciudad capitalista.

Las causas que explicarían el surgimiento de nuevos modos de vida urbana en la búsqueda de su legitimación, son indisociables de la dinámica urbana. Sintéticamente podrían citarse: Un Estado menos integrativo en sus mecanismos sociales y en crisis de legitimidad vinculada a la crisis económica y al deterioro creciente de la credibilidad de sus élites política y económica; un sistema económico más tecnologizado y, por ende, excluyente de la mayoría de la fuerza de trabajo con bajos niveles educativos; barrios populares que por más de tres generaciones acarrean deficiencias importantes en los servicios esenciales y, en consecuencia, la incapacidad por parte de la población de acceder a los mecanismos de integración social; la existencia de ese universo barrio que por urgencia social, crisis económica, crisis consecutiva de servicios colectivos, ha generado e instaurado nuevos mecanismos de socialización, expresados en la cultura de la urgencia³.

2. La dinámica urbana como expresión de lo formal y lo informal, y de lo legítimo y lo ilegítimo.

Intentaremos definir antes que nada lo que entendemos por legitimidad y legitimación. Distinguiremos la legitimidad como un estado, como la dimensión sincrónica de la cuestión que nos ocupa; la legitimación como un proceso o dimensión diacrónica.

Podemos así admitir que todo sistema social relativamente estable y legítimo, posee en un momento de su historia una cierta legitimidad, tanto en los modelos culturales como en el orden social que él se propone o impone. Sin embargo, puede ser cuestionado por la emergencia de los fenómenos nacidos en él o de él, como consecuencia de una «falla» en la gestión de su estabilidad (que no es justamente la

³Ver Yves Pedrazzini y Magaly Sánchez R.: Op. Cit.

inmovilidad). Estos fenómenos o movimientos que surgen fuera de la legitimidad del sistema implican procesos de legitimación que le son propios, crean una dinámica del sistema y pueden, modificándola, imponerle nuevas legitimidades. Esas legitimidades son capaces de integrarse al antiguo sistema y participar de un nuevo estado de legitimidad del sistema, o, incompatibles con él, pueden entonces cambiarlo fundamentalmente, implantando un nuevo sistema social.

En la ciudad emergen entonces cada día, y de manera cada vez más evidente, nuevas legitimidades sociales que se imponen a través de un proceso socio-cultural. Una serie de acciones, hechos o realidades ordinariamente calificadas de «ilegales» van tomando poco a poco nuevas connotaciones. Si aún no ha llegado el tiempo de su legalidad, podemos por lo menos hablar de legitimación social.

Son diferentes los dominios en los cuales ellas se expresan:

- espacial: invasión y construcción de barrios populares.
- económico: economía informal.
- social: «nuevo» modelo de socialización, forzado sin ser alternativo: niños de la calle, bandas juveniles, malandros⁴.

Haciendo una revisión de la dinámica y crecimiento de las ciudades latinoamericanas, podemos afirmar que su formación a nivel espacial estuvo caracterizada por una dialéctica de dinámicas formales/legales e informales/ilegales.

Las primeras, formales y/o legales, pierden poco a poco su legitimidad fuera de las esferas del poder. Las segundas se van legitimando en lo cotidiano vivido por la población, y son cada vez más asumidas por el Estado como una verdad inevitable, vinculada al devenir histórico del continente.

Frente a la necesidad de vivienda, planteada en sus orígenes por las poblaciones migrantes a la ciudad y hoy en día por su crecimiento interno, los Estados latinoamericanos han reconocido la vivienda popular, sin legalizarla aún, pero dotándola de servicios básicos de infraestructura, vialidad, electricidad. Sin embargo, este reconocimiento se limita en general a un «dejar hacer» o un «dejar invadir» y no a una legalización real, a una formalización, a pesar de que las autoridades han ayudado a equipar los barrios con los servicios de base, infraestructura de vías, electri-

⁴ Ver punto siguiente. Descripción del modelo social malandro, bandas, niños de la calle.

ciudad, agua y cloacas. Este esfuerzo del poder se contradice con el rechazo de la legitimación total del barrio, manteniéndolo en falla y crisis perpetuas, de forma de prolongar su ilegalidad original, reservándose así la posibilidad del desalojo en no importa qué momento.

Comparando siempre con modelos espaciales de otras ciudades, «desarrolladas», la vivienda popular de barrio que ha ido conformando nuestras ciudades fue vista como problema a erradicar, como realidad a ser transformada y sustituida por una vivienda tipo ideal. Se estuvo lejos de pensar que como tipo de vivienda, como estructura física, podría ser mejorado y legitimado, y que en realidad los problemas esenciales se fundamentan en los déficit de servicios colectivos, de infraestructura y de saneamiento necesarios al hábitat urbano⁵.

En términos económicos, el modelo económico se ha caracterizado por la incapacidad de admitir toda una fuerza de trabajo a sus actividades formales que, aún incorporada, sus niveles salariales son a tal punto bajos, que la población tiende a generar una serie de actividades paralelas, calificadas de informales, que les permite un mejor nivel de consumo o de subsistencia en la mayoría de los casos.

Se ha demostrado igualmente que la ilegalidad de las actividades informales es el resultado y no la causa⁶ del modelo económico informal. Hoy en día se comienzan a diseñar políticas sociales en América Latina dirigidas a la legitimación, legalización y reconocimiento del sector informal de la economía. La mayoría de los trabajadores de las actividades informales, así como los desempleados que conforman el grueso de la población viviendo en condiciones de pobreza, no puede esperar más. Seguramente tampoco ningún tipo de ascenso social⁷. El simple hecho de sobrevivir les ocupa todo su tiempo y no les permite otro tipo de esperanza.

En lo social, se ha gestado en la última década un «modelo de socialización urbana» diferente, que surge forzado por la urgencia. Consecuencia del deterioro progresivo en los niveles de vida de la mayoría de la población urbana que vive en los barrios populares, se ha conformado un modelo complementario de subsistencia. Al fallar los mecanismos de integración social, con una vivencia prolongada de

⁵ Queremos resaltar que estamos lejos de una postura en donde el barrio aparecería mitificado como monumento de la cultura popular. Tampoco se acepta la idea del barrio sólo como estructura física, sin entender justamente lo que a nivel social buscamos resaltar: la cultura de urgencia y un modelo forzado de socialización.

⁶Ver «Deuda social. ¿Qué es, cuánto es y cómo se paga?», PREALC - OIT. Nueva Sociedad. N° 102. Caracas, julio-agosto 1989. p. 55.

⁷Ver «Deuda social. ¿Qué es, cuánto es y cómo se paga?». Op. cit.

miseria crítica y de incapacidad de acceder a los mecanismos tradicionales de socialización, la población se ha visto obligada a asumir otras salidas, otros modelos. Así hemos visto elaborarse en estos últimos años nuevos principios de «educación» y esbozarse los principios de una verdadera «cultura de auxilio», destinada a trampear con las circunstancias contrarias y asumir la verdad de este fin de siglo: ya no hay mayor esperanza en la posible ayuda del Estado y en su teoría de integración social.

Tal y como ya lo hemos escrito⁸vemos que... «En el barrio, en situación cada vez más acentuada de segregación externa e interna, los habitantes han desarrollado una serie de microestrategias de sobrevivencia económica y han generado de esta forma nuevos estilos de vida y modelos culturales urbanos dictados por la urgencia social. Dichas estrategias se han hecho tan importantes que siendo siempre ilegítimas o ilegales (todas las trampas de la economía informal se vinculan frecuentemente con la pequeña o grande delincuencia) ellas definen actualmente en Caracas gran parte de los modos de vida, así como todo un conjunto de reglas, apariencias y códigos, en los cuales resulta justo ver el estado contemporáneo de la cultura urbana caraqueña, lo que hemos decidido llamar la o las culturas de urgencia. La innovación y la creatividad a veces, pero también la violencia...».

Los agentes de este nuevo modelo social, resultado del proceso de socialización forzado por la urgencia social - y que convive con el tradicional - están representados por: los malandros, integrados de diferentes maneras a la comunidad del barrio y a la ciudad en general; las bandas juveniles de barrios y de la calle, en ruptura con el barrio; los niños de la calle, fugados del barrio incrementando de manera alarmante el número de niños que deambulan por la ciudad y crecen en medio de una violencia social.

Todas estas formas sociales implican modos de vida violenta. Normalmente se les considera como ilegales y son reprimidas como delictivas. Su legitimidad se auto-define, en algunos casos se legitima por la misma sociedad. La socialización informal, adoptada sin embargo de manera cada vez más generalizada por los jóvenes del barrio en búsqueda de soluciones inmediatas para su situación de pobreza, es considerada como una actividad delictiva. Su legitimidad sólo puede ser autoproclamada, y jamás legitimada oficialmente por esta sociedad. La «socialización informal» si bien es adoptada de forma cada vez más generalizada por los jóvenes del barrio en la búsqueda de soluciones inmediatas a su situación de extrema pobreza, no será nunca considerada de otra forma que como actividad delictiva. En el

⁸Y. Pedrazzini et M. Sánchez R.: Op. cit.

caso de los niños de la calle se les envía a prisión por el crimen de no poseer los papeles de identidad, es decir, en última instancia, de carecerla.

3. Descripción de los agentes del nuevo modelo social: Malandros, bandas, niños de la calle.

Se admitirá que el proceso de legitimación de nuevos hechos sociales implica, en un sistema social definido, una distinción ideal o real entre dos tipos de legitimidades: la anciana (antiguo estado de legitimidad) y aquella donde las nuevas se imponen. Estos dos «tipos» están vinculados a un cierto modelo social, hecho de representaciones, normas, valores, reglas y prácticas percibidas y aplicadas tanto a nivel individual como colectivo.

En el presente caso nos interesamos en la radicalización de ese modelo social informal o de «urgencia», hemos escogido estudiar en profundidad tres figuras o agentes que lo representan. Estos son: los malandros, las bandas y los niños de la calle, actores individuales o colectivos que «actualizan» de diferentes formas este modelo.

El malandro se define como un personaje representativo de un modo de vida, de pensar y de hablar de los jóvenes residentes en los barrios populares. Se impone en la sociedad por sus acciones, que van desde lo más ilegal a lo más legitimado, guardando siempre el respeto por el medio que lo engendra, el barrio. En cierta medida podría ser definido como el rey de la trampa.

«El rol social del malandro ha superado el de un delincuente ordinario prolongándose en la sociabilidad del barrio y en la economía formal e informal con su trabajo de motorizado. El demostró últimamente en los acontecimientos del 27 de febrero, que era el único agente apolítico pero popular de transformación práctica de la Historia. El malandro posee el liderazgo informal en el barrio, el poder de la palabra y el uso de la violencia. El es el centro nervioso del barrio...»⁹.

Las bandas juveniles son grupos de niños y jóvenes que han radicalizado su violencia e iniciado un proceso de ruptura con el barrio. Estas se desarrollan igualmente en la calle y son resultado de la radicalización de los métodos de sobrevivencia de los niños de la calle. Las bandas, si bien poseen el «prototipo de identi-

⁹Ver Yves Pedrazzini. «La vie informelle», Rapport intermédiaire au FNSRS, Caracas, IU-UCV, Oct. 1989.

dad» del malandro, se han enfrentado hoy en día a lo que podemos catalogar de malandro integrado, defensor del barrio.¹⁰

El niño de la calle es, antes que nada, un excluido del proceso educativo y de la socialización tradicional (en donde los pilares ideales son todavía la familia, la escuela y el trabajo). El niño escapa a menudo de una relación familiar profundamente deteriorada, que se fundamenta en los maltratos, servicios y explotación por parte de los padres, provocada generalmente por las condiciones de gran miseria económica y por ende física y afectiva. Su trayectoria puede convertirlo en un integrante de bandas infantiles, en el caso de que pueda superar las condicionantes de fuerza y violencia de la calle, así como de salud y sobrevivencia. El niño de la calle podría llegar a ser un malandro, si logra imponer su juego y su poder frente a la sociedad. O podría permanecer ilegal en las bandas infantiles que se forman y se imponen, consecuencia del crecimiento de la pobreza y la violencia del medio ambiente urbano latinoamericano que el niño, en su socialización callejera, reproduce¹¹.

La violencia urbana, expresión de la Cultura de Urgencia

1- Una situación de urgencia es una situación violenta.

La adopción de estrategias de urgencia y la progresiva «instalación» de los sectores populares urbanos en la cultura de urgencia no es el resultado de una escogencia de vida sino de una opción coyuntural que tiende hoy en día a hacerse permanente, transformando la crisis en «sistema» social. Esta situación ha sido impuesta por la crisis de un sistema en agotamiento, explicada en parte por su gestión «mal hecha» e inescrupulosa de las riquezas naturales, petróleo sobre todo, y en la corrupción institucionalizada de sus élites políticas o económicas. Así como por las presiones internacionales y multinacionales de la deuda externa¹².

¹⁰Una de las hipótesis sobre las cuales trabajamos actualmente es aquella según la cual los niños de la calle, venidos de algún barrio, podrían, al llegar a los 14 ó 15 años, ser reclutados por niños de otros barrios, y trabajar entonces en barrios de los cuales ellos no son originarios. Esto podría explicar los ataques «endógenos» que se hacen y se canalizan en los barrios.

¹¹Como lo dice el sociólogo Francois Dubet a propósito de las bandas, «no se trata simplemente de un problema de policía y delincuencia juvenil, ya no se trata tampoco a lo mejor de un problema económico o de desempleo. Lo que está en juego es una mutación de los modos de integración e identificación colectiva. Hay que escoger el cambio y todos los peligros que él conlleva». La problemática de los gangs franceses difiere muy ciertamente de la de las bandas de barrios, pero la cita anterior se aplica, sin embargo, perfectamente a la segunda realidad. (F. Dubet, *Le territoire des bandes*, en *Liberation*, París, 29/3/90).

¹²Ver sobre este punto P. Salama, *La dollarisation. La Découverte*, París, 1989.

Si admitimos¹³, que «la legitimación produce nuevas significaciones que sirven para integrar las significaciones ya existentes a los procesos institucionales disparatados», estamos en derecho de preguntarnos si el estado violento que es hoy en día el de la cultura urbana venezolana - esto no quiere decir una cultura de la violencia urbana - no ha instaurado nuevos modelos culturales violentos, legitimados o en vía de legitimación, por la misma situación social. Y en consecuencia, ¿no podríamos entonces definir la violencia urbana como expresión cultural de las nuevas legitimidades sociales o de los procesos de legitimación de los nuevos fenómenos sociales (sobrevivencia, urgencia, informalidad, trampas, etc) de una nueva cultura?

Pero en ese nuevo estado de una sociedad urbana violenta, simbólica y real, todas las estrategias de sobrevivencia de los sectores populares no son legitimados de la misma manera ni por la misma gente.

En los medios de comunicación y en los discursos de los políticos se repite que, por una parte, existen aquellos que controlan legítimamente la violencia (el Estado, el ejército, los diferentes tipos de policía y de vigilantes, las asociaciones de vecinos armados por una u otra de esas policías, los hijos de buena familia paranoicos y fanáticos de la autodefensa, etc) legitimados en uso profesional o semiprofesional de esta violencia y por lo tanto de las armas. Y por otra parte - al frente podríamos decir - los detentores ilegales de la violencia, a los cuales el Estado les rechaza, evidentemente, toda legitimidad. Ellos son los malandros o los miembros de una banda, los «antisociales» y delincuentes «bouc-émisaires», indisolubles del barrio en la opinión pública, tal y como uno puede fácilmente darse cuenta en la lectura de los hechos diversos.

Esos «antisociales» han permitido al Estado reforzar su sistema de violencia legítima y de represión justificándolo a cuenta de la «situación social preocupante». Diversas cifras y hechos apoyan de la misma manera la explicación necesaria para satisfacer la preocupación de la población en torno a la inseguridad. Así, nos dicen que el malandro produce la inseguridad. Pero, no se busca ni se quiere saber cuál es la coyuntura o la estructura social en la cual una «disfunción del sistema» produce el malandro.

Así, en la violencia y en la urgencia, la situación social del barrio y del malandro se ha modificado progresivamente. Como una metáfora de esta modificación... violenta, caracterizada antes que nada por la alteración impresionante del nivel de

¹³Al igual que P. Berger y T. Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Méridiens Klincksiek, París, 1986, pág. 126.

vida de los sectores populares, nos hemos interesado en los cambios en la terminología aplicada al malandro en los últimos años.

Históricamente, el malandro ha conocido un cambio de su status. Hasta el comienzo de la década de los '80, se podía todavía pensar que era un marginal al interior del barrio (frecuentemente llamado «barrio marginal» en las esferas del poder). Se oía entonces decir, generalmente, que el malandro había escogido la criminalidad por facilidad.

Diez años más tarde, en la Venezuela de hoy en día, no se podría justificar una observación sociológica que haga del malandro un antisocial y lo ubique así «fuera de lo social», porque los malandros son, por el contrario, extremadamente representativos de la sociedad contemporánea, o al menos constituyen señales de las mutaciones trágicas que ha conocido esta sociedad desde 1983. Ellos son los signos premonitorios de la nueva norma social, aquella que surge dictada por la dificultad de sobrevivencia en el medio urbano. Uno de sus modos de expresión cultural es la violencia: la violencia como expresión de la urgencia social.

2. No existe sobrevivencia sin violencia. No hay violencia sin muertos: el actual dilema urbano.

En la carrera contra la pobreza crítica y el hambre, la carencia de los servicios y de la educación, los más aptos para sobrevivir como seres humanos son los más radicales en la aplicación de los métodos informales. La opción de sobrevivencia y la aplicación de métodos informales los sitúa casi siempre fuera de la ley.

Es verdad que la ley parece vigente hoy en día para castigar a los pobres, las «clases peligrosas» como se les llamaba en Europa en el siglo XIX. Sin embargo, si bien es cierto que su violencia potencial o real los hace hoy peligrosos, no hay que olvidar que esto puede explicarse ante todo por la pérdida de creencia en ciertos mitos fundadores de la paz social: la dignidad del trabajo, la educación y la familia. ¿Y de quién es la falta? Desde hace algún tiempo, el modelo social del poder ha demostrado que la dignidad es una cosa por la cual los ricos ya no se preocupan. Los ricos, los nuevos ricos, se enriquecen simplemente. Eso es lo normal. La corrupción es la nueva dignidad del rico.

Los malandros, por el contrario, no son corruptos. La delincuencia popular, el hampa del barrio, aparece así como una respuesta no corrupta a la urgencia social

¹⁴. Sin embargo, la ideología dominante busca hacer creer que todo se vale en materia de delincuencia: el asalto y la desviación de fondos públicos, cuando en realidad son dos hechos completamente diferentes. Los corruptos no roban para sobrevivir. Los ladrones del barrio sí y por un tiempo ellos sobreviven. Por un tiempo solamente, porque en el barrio no hay sobrevivencia sin violencia ni violencia sin muertos.

Los corruptos pueden darse el lujo de diseñar y delinear su método. El malandro, por el contrario, arriesga su vida en esta historia. Las nuevas bandas juveniles de los barrios o de la calle lo han comprendido: la sobrevivencia será violenta o no lo será. El tiempo de la dignidad del malandro aparece hoy en día como un recuerdo melancólico propio de los boleros, donde se muere digno e invencido. Las bandas saben que se sobrevive o se muere. Y si uno muere es porque ha sido vencido. La muerte violenta no es nunca una victoria. Un hombre es vida y si él muere se convierte en recuerdo y, después, en nada más. Mientras tanto los corruptos venezolanos beben drinks en Miami.

3. Malandraje vs. corrupción

Así, mientras que a los malandros, se les envía a la prisión, y que los policías y las bandas se enfrentan en las avenidas o en la parte baja de los barrios, una delincuencia moderna, discreta, elegante, tecnológica, fundamentada en la corrupción y que usualmente pasa desapercibida, se consolida. Sin embargo, esta delincuencia hace concesiones ejemplares a la «Sociedad del Espectáculo» (por ejemplo los asuntos vinculados al caso de RECADI)¹⁵, buscando mostrar algunos «culpables», cuando en realidad se trata de todo un funcionamiento económico y político. El sistema busca hacer creer que va a eximirse de algunos perversos indignos de la función pública, cuando en realidad es todo el funcionamiento del aparato político y económico el «perverso». Esta perversidad no es moral (solamente) sino «técnica»: es la finalidad del servicio público la que se ha pervertido, es decir, que el objetivo se ha modificado en un sentido contrario a su finalidad inicial.

Esa delincuencia (los malandros no son los únicos «piratas» de la ciudad) es uno de los factores explicativos importantes de la crisis actual de la legitimidad del Estado

¹⁴Si es mucho decir que el malandro da una respuesta honesta a la crisis económica, podríamos como mínimo decir que se trata de una respuesta franca: a un malandro se le consigue fácilmente en el barrio. Sin embargo, es muchísimo más difícil conseguir a un corrupto en un ministerio. El porcentaje sin embargo es muchísimo más elevado.

¹⁵RECADI fue el organismo creado por el gobierno venezolano con el objetivo de decidir el otorgamiento de los «dólares preferenciales destinados a la importación».

venezolano¹⁶. Como una consecuencia, podríamos explicar la radicalización de la cultura de la urgencia y de su modo de expresión violento, de la violencia como modo de expresión cultural, en una sociedad en donde de todas formas todo el mundo trampea.

Los medios de comunicación reproducen el discurso ideológico del poder, reforzando poco a poco la idea de que todo eso, malandros y corruptos, son iguales: delincuentes. Si todo el mundo es culpable, nadie lo es; y no hay culpable en particular sino una culpabilidad sumergida en el caos social, colectiva, difusa, que satisface más a los ricos que a los pobres. Sentirse responsable de la crisis, en efecto, es mucho menos duro en el bar del country club que en la bodega de la esquina. Robar harina en un depósito o desviar 337.000 dólares recuperados en la guerra a los narcos¹⁷ es, por así decirlo, la misma cosa.

La burguesía venezolana justifica la corrupción como respuesta a la crisis. Ella está dispuesta a mantener su lujoso nivel de vida a no importa qué precio. Y pretende hacer creer que se trata de un acto de sobrevivencia al mismo título que el robo a tiros, por necesidad alimenticia. Esto es falso y además ideológicamente peligroso.

En realidad, por una parte hay, la mayoría, aquellos que no viven sino que sobreviven, y entre ellos una mayoría que sobrevive mal sin robar ni matar y algunos otros que roban y pueden matar, más jóvenes pero en creciente número, afirmandose como la mayoría a venir, como la norma en surgimiento. Y por otra parte hay aquellos que viven bien y que se enriquecen en tiempos de crisis. Hacer creer que todas las delincuencias son válidas es la última perversión del poder: es querer mostrar que no existe de un lado una delincuencia ilegítima, reprimida en consecuencia, y del otro lado un estado de delito permanente, legítimo, próximo a una «delincuencia de Estado», que todo el mundo está de acuerdo en dejar tranquila en nombre de una cierta estabilidad del sistema. Esta perversión del poder trata igualmente de esconder o de invertir mágicamente un proceso histórico: relativizar la parte de responsabilidad del Estado en el impase social actual. La corrupción ciertamente no es un hecho social nuevo. La diferencia es que hasta este momento se conocían las desigualdades sociales y no las igualdades en la pobreza de las 3/4 partes de la población, tal y como se conoce hoy en día en Venezuela¹⁸.

¹⁶ La corrupción de las élites puede aparecer como consecuencia, como uno de los factores explicativos de la crisis económica, que no sería entonces sólo un producto del exterior sino igualmente un «producto nacional».

¹⁷ Otro negocio de corrupción célebre, todavía en juicio.

¹⁸ En la época del boom petrolero existían por supuesto numerosos olvidados del crecimiento. Sin embargo, el país se beneficiaba de una «renta petrolera» y los pobres en situación crítica no representaban entonces todavía la mayoría de la población, como lo es en 1990.

Paralelamente, las autoridades continúan presentando, ante una opinión pública ya convencida, a los malandros y bandas como los únicos culpables de esta violencia, inseguridad y, de forma más general, de la criminalidad urbana. Se ha hecho frecuente en Caracas agrupar bajo el nombre de hampa a todas las personas que se ocupan de las actividades ilegales sin hacer ninguna distinción, (con tal que no se trate de corrupción, reservada como el golf a las clases superiores y dirigentes). A los delincuentes aquí (ya hemos visto que ellos no son los únicos) se les califica de antisociales o de marginales.

De esta forma las autoridades buscan presentar la delincuencia como un problema técnico, una disfunción momentánea del sistema, que convendrá arreglar rápidamente. La falta de credibilidad de esta tesis oficial se basa en el hecho que hoy en día en Caracas el 60% de la población recurre a trampas más o menos ilegales y más o menos violentas para escapar de una situación de crisis generalizada. Evidentemente las autoridades y el pueblo no están totalmente de acuerdo en el momento de atribuir las responsabilidades.

4. La violencia urbana, ¿muerte o resurrección de la revuelta popular?

No hay violencia sin muertos, pero no hay sobrevivencia sin violencia. Este es el dilema que desgarrar a Caracas cotidianamente, el que empuja a Venezuela hacia el abismo en donde se encuentran ya Brasil, Colombia, Perú, El Salvador. La respuesta a esta violencia social no se encuentra en la moral o en la represión como algunos lo piensan sino más bien en la comprensión de lo que es la violencia y la criminalidad popular en América Latina: ¿No se trataría, como ya lo hemos dicho, hipotéticamente, de una nueva cultura urbana?

Si fuera el caso, ¿cómo permitirse pensar por un solo instante reprimir globalmente una cultura? ¿Con un estado de delincuencia extrema que sería la dictadura, extrema delincuencia del Estado? No pintaremos el diablo en los muros, pero ¿no se ha hablado recientemente en Caracas de la existencia de policías paralelas que se comportan como escuadrones de la muerte? ¿Y qué decir de la forma sangrienta en que fueron reprimidos los participantes de los sucesos del 27 y 28 de febrero?

La gravedad de este problema crece la misma velocidad con que las autoridades pierden la esperanza de resolverla. La actitud más inteligente a adoptar sería la de abandonar inmediatamente toda represión frente a las actividades ilegales informales no violentas, con el fin de evitar al menos la radicalización de los más pasivos, aquellos que no buscan sino ganarse «la papa», y que todavía son los más nu-

merosos¹⁹. No se trata de legitimar una violencia urbana que no se podría nunca justificar ni social ni científicamente. Sin embargo, debemos comenzar por aceptar el hecho de que tal violencia existe en las grandes metrópoli de una forma no marginal, y que sus actores no son forzosamente casos patológicos. Y también reconocer esta violencia por lo que ella es, la expresión cultural de una sociedad en donde la civilidad ha dado lugar en una coyuntura de pobreza, hambre y desespero - que no es más hoy en día tan excepcional - a la barbarie (obligada) de una gran parte de la población.

5. Estado en crisis, Estado violento.

El Estado venezolano conoce una crisis sin precedentes: crisis económica derivada tanto por la caída en los precios del petróleo en 1983, como por un endeudamiento externo creciente. Crisis política por problemas de corrupción, expresada en rupturas al interior del partido de gobierno y reflejada exteriormente en la calle, como crisis en su credibilidad. Crisis de legitimidad en sí mismo, de un Estado como institución y como símbolo. Podríamos perfectamente aplicar la frase de Michel de Certeau: El Estado no compensa más hoy en día lo que él prohíbe hacer, por lo que él permitía crear²⁰.

De esta forma, «ilegítimo» a los ojos de muchos en el mundo, el gobierno venezolano expresa la tendencia seguida por parte de cualquier Estado en crisis: el endurecimiento moral y policial, centrado en la represión social. Un Estado en crisis se convierte rápidamente en un Estado violento.

6. Las víctimas de la violencia del Estado son gente capaz de usar la violencia.

La crisis económica es una forma de violencia ejercida sobre los más pobres. ¿Cómo ver de otra forma los problemas de desnutrición, mortalidad infantil, falta de higiene, y de agua, costo de la salud y de los servicios, etc., que reducen la existencia de los habitantes de los barrios más desfavorecidos a una lucha permanente, pérdida de avance, contra la enfermedad, el hambre y la muerte?. Incluso, si esta violencia es producida en una coyuntura en donde el Estado es tan responsable como los acreedores internacionales (FMI, BM, trusts financieros multinacionales). Tal crisis es percibida por los sectores populares como una violencia de Estado. Un Estado que ha escogido claramente sus alianzas con los «de arriba», en detrimento de los «demás».

¹⁹Incluso si esto ya no es tan cierto en los jóvenes de 15 a 20 años.

²⁰Cf M. De Certeau, *La culture au pluriel*, UGE, París, 1974, p. 100.

Se ha tratado de desarrollar la idea de un gobierno solidario, oprimido como su pueblo por las fuerzas económicas internacionales. Esta estrategia del Estado busca presentar la crisis como fenómeno que viene solamente del exterior, como una «fatalidad ancestral» y «destino colectivo» de América Latina.

Esta situación tiene aspectos de verdad, pero no lo explicaría todo. Ya vimos en el 27 de febrero que la identificación del pueblo con el gobierno no se mantenía. El Estado no es neutro en la crisis que atraviesa Venezuela, evidentemente, una crisis en donde la primera víctima es precisamente el «pueblo del barrio», objeto habitual de discursos populistas y demagógicos. La crisis ha hecho que el pueblo desconfíe de sus dirigentes, de aquellos en función y de aquellos a elegir, alcalde y gobernadores por ejemplo²¹.

Pero la crisis tiene también como efecto que se observe comúnmente a la violencia como hecho social. De un fenómeno generalmente definido como una discontinuidad en el orden social, la prolongación de la crisis la ha convertido en algo habitual, cotidiano, ordinario. La violencia se ha convertido en un elemento de la vida cotidiana y ésta se ha vuelto violenta y la gente ya no le hace caso a lo que no es más que una irrupción excepcional en su vida sino una presencia permanente, que se ha vuelto la vida misma.

Si aceptamos la idea de que la legitimación de un hecho o de un proceso social es a la vez su reconocimiento (por las autoridades o la población) y su justificación (por las circunstancias), ¿podríamos hablar de una legitimación (social) de la violencia, frente a la evidencia de ese fenómeno moderno que es la violencia en las grandes ciudades?

Por lo tanto tendríamos que saber si todo tipo de violencia urbana es legítima, por el solo hecho de que su carácter urbano la haría en cierta forma «natural». En fin, si existiera una sola violencia urbana legítima, nos preguntaríamos quién detenta el uso legítimo y sobre qué reposa esa legitimidad.

El Estado entonces no puede ser solamente un Estado de derecho, puesto que el derecho a la violencia es una consecuencia obligada de la confrontación permanente a la urgencia económica y también social, política y cultural.

²¹En las elecciones del 3 de diciembre pasado, el pueblo venezolano tuvo por primera vez en su historia la ocasión de escoger a sus alcaldes y gobernadores. Sin embargo, solamente asistió a las urnas el 30% de la población.

Por ello, hemos escrito que Caracas se encuentra hoy en día en estado de urgencia²². Y un estado de urgencia es forzosamente una situación violenta.

Nuestro dilema científico: ¿podemos pasar del diagnóstico de la cultura de la urgencia al de la legitimación social del modelo?

No es posible ignorar que la «informalidad» y la violencia aparecen hoy en día como dos elementos importantes en la dinámica urbana en América Latina y, de una manera más general, en las grandes metrópolis, más allá que ellas sean del Tercer Mundo o del mundo «desarrollado»: ¿es que acaso existe en la naturaleza de las metrópoli ser violentas?

No nos lanzaremos aquí al análisis de un hecho social. Merece mucho más que algunas páginas a consagrar. La cuestión y el problema quedan abiertos. ¿Es que acaso existiría en el mundo un medio ambiente construido de importancia en donde la criminalidad no sería un fenómeno normal sino patológico?²³.

Pero al mismo tiempo, ¿cómo pensar en legitimar la muerte y la violencia que son hoy en día el colorario obligatorio de la urgencia y de sus estrategias informales? El investigador no debe caer en la trampa de la violencia que, desde Georges Bataille a Michel Maffesoli, ha seducido y fascinado a más de uno por su belleza fatal. Mas la violencia en Caracas no tiene nada de sagrada, ni nada de comunitaria. Ella no es una fiesta y la muerte no es un placer sino el triste consumo de la vida.

La violencia urbana es profana. Se mata, se ve morir y luego se muere de muerte violenta, la «muerte natural local». No se puede respetar esta violencia que deja como saldo lamentable centenares de jóvenes muertos. La parte maldita del individuo urbano no es gloriosa. La única legitimidad de la violencia es su evidencia. La vanidad de la represión de la criminalidad ordinaria es hoy también evidente.

La urgencia permanente ha transformado la crisis en sistema social. En Caracas, el 27 de febrero demostró hasta dónde el desespero prolongado y el hambre contenida pueden llevar a un pueblo entero a la violencia generalizada.

No se legitimará nunca moralmente el empleo de la violencia ni el asesinato de nadie. El problema es que hoy en día en Caracas la violencia se explica sociológicamente y nadie tiene tiempo de preocuparse de la moral.

²²Cf. Bulletin ARCI N° 9, París, julio, 1989.

²³Utilizamos a propósito los términos ambiguos de normal y patológico, refiriéndonos a Durkheim y a las Reglas del método sociológico. PUF, París, 1937.

*El presente trabajo representa sólo una parte de la investigación más amplia que lleva por título «Los jóvenes aventureros de la cultura urbana» desarrollado en Caracas desde el año 1988 por los autores. Esta investigación se realiza actualmente en el cuadro del Instituto de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura de la UCV, gracias al doble financiamiento del IU- UCV y del Fondo Nacional Suizo de la Investigación Científica (FNSRS).

Referencias

- *Adair, P., L'ECONOMIE INFORMELLE, FIGURES ET DISCOURS. - PUF. 1937, París, Francia;
- *Agustin Catala, J., EL ESTALLIDO DE FEBRERO. - Anthropos, París, Francia. 1985;
- *Anónima, BULLETIN ARCI. 9 - UGE. 1974, París, Francia; Problematique du changement.
- *Anónimo, NUEVA SOCIEDAD. 102. p55 - PREALC-OIT. 1989; Deuda social ¿ Qué es, cuánto es y cómo se paga ?
- *Anónimo, REGLAS DEL METODO SOCIOLOGICO. - París, Francia. 1989;
- *Arend, H., DU MENSONGE A LA VIOLENCE. - Centauro, Caracas, Venezuela. 1989;
- *Benjamín, W., MYTHE ET VIOLENCE. - Calmann-Levy, París, Francia. 1972;
- *Berger, P.; Luckmann, T., LA CONSTRUCTION SOCIAL DE LA REALITE. p126 -
- *Blanco Muñoz, A., CLASES SOCIALES Y VIOLENCIA. - Denoel, París, Francia. 1971.;
- *Bolívar, T., LA PRODUCTION DU CADRE BATI DANS LES BARRIOS A CARACAS... UN CHANTIER PERMANENT. - Ed. Desorden, Caracas, Venezuela. 1974;
- *Caballero, F., LE DROIT DE LA DROGUE. - Université Paris Val de Marne, París, Francia. 1987;
- *Cariola, C., CRISIS, SOBREVIVENCIA Y SECTOR INFORMAL. - Dalloz, París, Francia. 1989;
- *Da Matta, R., CARNAVAL, BANDITS ET HEROES - AMBIGUITE DE LA SOCIETE BRESILIENNE. - Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela. 1989;
- *De Certeau, M., LA CULTURE AU PLURIEL. p100 - Meridiens Klincksiek, París, Francia. 1986; Pour une critique de la violence.
- *De Souza, P., O IMPERIO DA VIOLENCIA. - Autrement, París, Francia. 1984;
- *Dubet, F., LIBERATION. - París, Francia. 1990;
- *Enriquez, E., CONNEXIONS. 4 - Seuil, París, Francia. 1983;
- *Flanet, Y., LA MAITRAISSE MORT-VIOLENCE AU MEXIQUE. - París, Francia. 1972;
- *Gabaldon, L.G., LEGITIMIDAD Y SOCIEDAD. - Berger-Levrault, París, Francia. 1982;
- *Habermas, J., RAISON ET LEGITIMITE - PROBLEME DE LEGITIMACION DANS LE CAPITALISME AVANCE. - Ed. Alfadil/Trópicos, Mérida, Venezuela. 1989;
- *Hobsbawn, E. J., LES BANDITS. - Payot, París, Francia. 1978;

- *Lucchini, R., IDENTITE ET SURVIE: LES ENFANTS DE LA RUE AU BRESIL. - Maspero, París, Francia. 1972;
- *Pasolini, P. P., LA VIE VIOLENTE. - Ises - Universidad de Frigurgo. 1988;
- *Pedrazzini, Yves, LA VIE INFORMELLE, RAPPORT INTERMEDIAIRE AU FNSRS. - Caracas, Venezuela, IU-UCV. 1989; Le Territoire des bandes.
- *Pedrazzini, Yves; Sánchez, R., DIMENSION. 5 - 1989; Cultura de la urgencia: últimas aventuras de lo urbano.
- *Salama, P., LA DOLLARISATION. - La Découverte, París, Francia. 1989;
- *Sánchez-R., M., MOVIMIENTOS SOCIALES VECINALES EN LOS BARRIOS POPULARES DE CARACAS. - Buchet-Chastel, París, Francia. 1961;
- *Sauloy, M., BOGOTA, JUNGLE. - IU-UCV, Caracas, Venezuela. 1989;